

NOTAS DE ARTE Y LITERATURA POR O'HIGGINS GUZMAN

"Las Pascualas"

Sería injusto no hablar, en primer lugar, de la obra misma. Dentro de la pobreza de la literatura dramática nacional, Las Pascualas, de Isidora Aguirre, es una cumbre; y esta no es una afirmación relativa, pues la obra destacaría en cualquier ambiente.

A propósito de Las Pascualas podrían enhebrarse consideraciones variadas. Por ejemplo, la de que sean mujeres —Isidora Aguirre y María Asunción Requena— quienes en esta época favorable para las letras nacionales hayan creado las obras más valiosas de toda la producción dramática nacional. Con obras como las de estas dos autoras habría base verdadera para realizar, con toda dignidad y sentido pleno, "teatro chileno", como se lo tiene propuesto el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, que nos visitara a comienzos del año.

La alta calidad dramática de Las Pascualas descansa firmemente en su valor literario-poético, en el vigor de los caracteres, en la vivacidad del diálogo, en el indeclinable impulso dinámico del acontecer, subjetivo y objetivo, en la inteligencia y el arte para aprovechar elementos peculiares de un espíritu nacional en forma que adquieran una significación enteramente humana. Se entrelazan realidad y sueño, albedrío y destino, certidumbre y duda, pero se entrelazan para crear conflictos y no armonías, circunstancia esta que da a la obra su hondo carácter dramático.

La necesidad de amor es la fuerza animadora del drama. Tres mujeres sensitivas, aisladas en su existencia campesina, viven su vida de anhelos irrealizados. Son dos hermanas y la hija de una de ellas, muchacha aún. Las hermanas tratan de disimular y disimularse sus frustraciones a su manera; la soltera, con prácticas más de beatería que de religiosidad; la madre, cargando con la fatigosa administración del predio agrícola, y la hija, soñando. Pero las tres se consumen en una larga, tensa y desesperanzada necesidad afectiva, en una hambre de amor, de amor humano, que insaciada, las condena a una existencia vacía.



CARMEN NIEVAS,

la Elvira de "Las Pascualas"

fluyen y se confunden en aquello que todos llamamos destino. Esto comunica a la obra categoría trágica.

El Teatro de Arte, por el sólo hecho de llevar a escena esta pieza eminente del teatro nacional, cumple una tarea muy elevada y digna de su

prestigio. Ciertos aspectos de la forma en que ha realizado esta tarea, sólo merecen aplausos. La escenografía y ambientación, muy correctas y adecuadas. La interpretación de conjunto, tan intensa como lo precisa el espíritu de la pieza. Quizá se incurrió en error al hacer que Carmen Nievas (Elvira, la madre), convertida en soliloquio lo que es una confesión dirigida al amado; quizá, por el contrario, faltó acentuar el soliloquio en los pasajes en que la muchacha (Ester León) sueña en voz alta; quizá hizo falta que Pedro Georgudis, (el forastero), sutilizara su papel, definiendo gradual aunque claramente su personalidad. Pero nada de esto afecta fundamentalmente la calidad del esfuerzo conjunto realizado.

Nota especial merece Betty Valencia (Mañuca), nueva en el elenco. Tiene dominio escénico, recursos variados, capacidad para definir netamente un tipo humano y contrastarlo con otros; todo esto aunque la entonación de su voz campesina empiece sonando extrañamente aquí, tan, tan lejos del campo chileno.

El aire que se respira en la casa campesina es de neurosis; y el que se respira al lado afuera está cargado de las supersticiones que una laguna cercana y maléfica, como todas las del centro de Chile, engendra en el ánimo de las gentes. Aquí comienza el equilibrio entre mito y realidad, la posibilidad de interpretar los sucesos racionalmente o a través de la superstición, que se prolonga hasta el fin de la obra y le otorga su poesía y su poder de fascinación.

El equilibrio psíquico en que las mujeres se mantienen es inestable, delicadísimo. Una sola vez, de romperse, se romperá, y para siempre. Y así ocurre.

Aparece un hombre, un desconocido. Las tres vidas vacías, ávidas de amor, se le ofrecen, lo buscan, se lo disputan. Ninguna vence.

El es un científico; psicológicamente, es el tipo más complejo de la obra, el más finamente elaborado, pero su vigor no viene del clarooscuro, de la capacidad para vivir violentas luchas y contrastes interiores, sino de la prolijidad

con que la autora lo ha elaborado. En ningún caso es un hombre de aquellos dispuestos o capaces de protagonizar un drama de la realidad. Es un hombre de ciencia típico, un tanto al margen de las contingencias afectivas del hombre común. Entomólogo, mira a las atormentadas mujeres que el azar le ha puesto enfrente con la curiosidad científica con que observa a sus insectos. No es un aprovechador, no es un cínico, no es donjuanesco. Nada de esto necesita. No pide, le piden. Y da, urgido por las circunstancias, sin comprometerse interiormente. Llegado el momento, honesta y sensatamente se aleja. Y se precipita el drama final terrible, porque en una casa donde "ha entrado la locura", la sensatez bien puede ser una actitud fatal.

Así son las cosas miradas por el espectador. Los campesinos del contorno las miran a través del mito. Todo estaba escrito, todo ha sido preanunciado por el "chocón", por oscuras fuerzas sobrenaturales, y gobernado por ellas. Con equivalente fuerza, discurren dos lógicas, dos realidades. Ambas, sin embargo, con-